COLECCIÓN
♦ DE POESÍA ♦
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Manuel Acuña

Poesía selecta

Selección y prólogo
de Marco Antonio Campos

Universidad de Guadalajara
Piensa y trabaja

letras para volar
Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Manuel Acuña

Poesía selecta

COLECCIÓN
♦ DE POESÍA ♦
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Manuel Acuña

Poesía selecta

Selección y prólogo
de Marco Antonio Campos

Universidad de Guadalajara
Piensa y trabaja

letras para volar
Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria

Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2018

Comité Editorial
Hugo Gutiérrez Vega †
Lucinda de Gutiérrez Vega †
Marco Antonio Campos
Jorge Souza Jauffred

Autor
Manuel Acuña

Selección y prólogo
Marco Antonio Campos Álvarez Tostado

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Abril de 2018

ISBN 978 607 547 059 7

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado universitario:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer nuestro mundo, enriquecer nuestro espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar de la Universidad de Guadalajara

tiene el propósito de poner a disposición de niños y jóvenes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

11 **La desdicha fue mi dios**

35 **Nota**

37 **A Laura**

41 **Ante un cadáver**

46 **Adiós**

50 **A una flor**

51 **A Rosario**

52 **Nocturno**

58 **Hojas secas**

69 **La gloria**

86 **A un arroyo**

Le malheur a eté mon dieu.
Arthur Rimbaud, Una temporada en el infierno

La desdicha fue mi dios

MARCO ANTONIO CAMPOS

1

Al estudiar vida y obra de Manuel Acuña es muy difícil, o acaso imposible, no seguirlas con un dolor profundo y pensar que con su muerte algo muy grande se extinguió. Desde Ignacio Manuel Altamirano, José Martí y Marcelino Menéndez Pelayo hasta Carlos González Peña, José Emilio Pacheco y Vicente Quirarte, no ha dejado de lamentarse que con su partida prematura se perdió el gran lírico de su generación.

Más que de poetas, el siglo XIX fue un siglo de poemas. En ese sentido es grato y se agradece una antología depurada que logre el acercamiento fértil de poetas jóvenes y del lector común de poesía a nuestros mejores líricos; la mejor del siglo XIX es la de José Emilio Pacheco. La tarea de estudiar y anotar las obras completas queda para profesores e investigadores.

Cuando un poeta muere y no deja sus poemas ordenados, por lo regular familiares, amigos, críticos o investigadores los compilan y disponen según su juicio o aun a su saber y entender. La primera edición que publican los amigos de Acuña en 1874, trata de seguir,

hasta donde es posible, el orden cronológico. Queda siempre la duda de cómo el poeta hubiera ordenado sus propios poemas y si hubiera incluido determinadas piezas que escribió sólo para halagar o divertirse. Pasó esto en nuestro prolongado romanticismo con casos ilustres como Rodríguez Galván, Ignacio Ramírez y Laura Méndez que no reunieron sus poemas y *les hicieron* las ediciones. Tengo la impresión de que Acuña escribió de manera puramente circunstancial más de la mitad de sus poemas, buen número de los cuales, nos permitimos suponer, habría suprimido para su publicación en libro. Su selección o elección habría sido más o mucho más apretada. Para conocer la relación vida y obra es fundamental conocer todos los poemas que escribió, como es el caso de *Manuel Acuña. Obras: poesía y prosa*, que preparó y editó José Luis Martínez en 1949 y reeditó en el año 2000; para leer al poeta Acuña debe hacerse una eliminación juiciosa. Pasados los años no deja de asombrarnos la precocidad deslumbrante que lo llevó a escribir poemas como "A Laura", su primer gran instante lírico, a los 22 años; "Ante un cadáver", la pieza maestra del romanticismo tardío mexicano, apenas cumplidos los 23; el "Nocturno", ramo de flores envenenadas, cuando estaba quizá por cumplir los 24, y más cerca del final de su vida "Hojas secas" y "La gloria".

2

Mal leído por no decir pésimamente leído, Acuña ante todo ha sido visto en los ciento cuarenta y cinco años posteriores a su muerte como el autor del "Nocturno", es decir, el autor de un poema para enamorados adolescentes, o para leerse en voz alta en la clase de Literatura de primero de secundaria, o para escribirse en los álbumes de las señoritas, o para adjuntar en tarjeta en una carta de amor, o para oírlo recitar patéticamente en las voces de la argentina Berta Singerman o del mexicano Manuel Bernal, como lo fue por décadas. Creo que de ese poema deriva toda su fama de cursi, de arquetipo de *kitsch,* es decir, para la mayoría de sus lectores, la poesía de Acuña se identifica o se confunde con el "Nocturno". Muy pocos piensan, o muy de pasada, en otros poemas. O dicho por José Emilio Pacheco: "El cianuro fue también la tinta con que la posteridad leyó a Acuña y su 'Nocturno'. El suicidio lo envolvió en un mito de amor romántico que oscurece sus demás versos".

La poesía de Acuña ha sido vista con severidad por poetas notables como Ramón López Velarde y Juan José Arreola (maestro del poema en prosa), Jaime Sabines y Gabriel Zaid. La acusación principal ha sido su cursilería y su mal gusto y el poema favorito para sus invectivas, claro, es el "Nocturno". Parece increíble, pero los mejores textos que se han escrito sobre Acuña son aquellos que se relacionan con su vida, o a lo más, con su vida y lite-

ratura, a excepción de un ensayo excepcional de Evodio Escalante "Los abismos del pensamiento". En la crítica de su poesía han predominado la excesiva condescendencia, el desdén ácido, la mala fe ignorante o, en el mejor de los casos, una incorrecta objetividad.

En amplio modo el "Nocturno" no sólo fue una lápida con caracteres condenatorios contra Acuña, sino persiguió también hasta el último de sus días a Rosario de la Peña y Llerena, la atractiva musa de nuestro romanticismo tardío. Habiendo sido Manuel M. Flores el gran amor de Rosario, nadie, salvo los estudiosos de la vida de ambos —oh ironía, oh injusticia—, los asocia juntos en el tiempo. Ella ha sido, y muy probablemente seguirá siendo, "Rosario la de Acuña". Flores, que escribió cierto número de poemas para la mujer que más quiso, no consiguió ninguno que tuviera el influjo del "Nocturno". No hay poema suyo a Rosario, ni aun por razones extrapoéticas, que se haya vuelto llama encendida en la memoria ni en el imaginario colectivo.

Dos fueron las versiones sobre las causas del suicidio de Acuña: una, creada por la leyenda, que ubica como motivo único el desamor de Rosario, y el cual nace de la lectura deformada del "Nocturno"; la segunda, la real, que Acuña se dio muerte por varias razones: las turbaciones mentales, la pobreza que lo consumía, las enfermedades físicas, el *spleen* (mal de la época), el hijo con Laura que no podía mantener, y por qué no,

pero digámoslo como gran pretexto romántico, el desamor extremo de Rosario de la Peña.

Por todos los medios a su alcance, Rosario trató por cinco décadas de no dar carta de naturalización a la leyenda funesta que creó y divulgó el "Nocturno" y llegó aun a negar que la Rosario de los versos fuera ella (entre otros se lo dijo a Carlos Amézaga y a José López Portillo y Rojas). En las cuatro entrevistas donde quedaron documentadas sus versiones acerca de su relación con Acuña (al poeta peruano Amézaga en 1892 —que se publicó en el libro *Poetas mexicanos* al año siguiente—, a José López Portillo y Rojas en 1917 —que se publicó en *Rosario la de Acuña* en 1920—, al presbítero José Castillo y Piña el 30 de agosto de 1919 —que la publicó en páginas del libro *Mis recuerdos* en 1941—, a Roberto Núñez y Domínguez en diciembre de 1923 —que se publicó, para conmemorar los cincuenta años del fallecimiento del joven saltillense, en *Revista de Revistas*—) repitió siempre dos cosas: nunca estuvo enamorada de Acuña y fue pretexto pero no causa de su muerte. Ambas son ciertas, pero su afán rabioso por no verse como motivo terminal ni verse relacionada sentimentalmente con el joven estudiante de medicina, la hacía modificar fechas y acontecimientos o poner personas donde no pudieron estar, no excluyendo además la calumnia contra la familia de Acuña, al decir (cosa que no ocurrió) que "todo México" sabía que su padre padecía desequilibrios mentales, y dos hermanos, lue-

go de él, se suicidaron; o esa grave mentira de referir, como argumento radical, que no podía amar a Acuña porque amaba entonces a otro poeta, Manuel María Flores, olvidando, o queriendo olvidar, que a Flores, como lo prueba la carta que lo dirigió éste en el primer aniversario de su encuentro, lo conoció apenas hasta el 25 de agosto de 1874, es decir, ocho meses y medio luego del deceso de Acuña; o aun la otra mentira, dicha a Amézaga en 1892, de que a Acuña lo veía como a un hermano y nunca imaginó sus intenciones, pero a López Portillo y a Castillo Piña, veinticinco años después, les contó que el asedio de Acuña era tenaz.

El "Nocturno" dañó para siempre la imagen de ambos, o al menos, estoy seguro, la imagen que ninguno de los dos quería que perdurara: la de Acuña como un poeta cursi y como autor de un solo poema, y la de Rosario, como la mujer del hombre al que no quiso, es decir, desde entonces fue vista, no como "la de Flores", sino como "la de Acuña", y vista asimismo como la causante principal de la muerte del joven poeta. El "Nocturno", leído a partir del suicidio, ha impedido leer con ojos críticos la poesía de Acuña y ha dejado una imagen maltrecha de un poeta de corazón oscuro y de alma rota que por otras vías consiguió lo que en su vida le fue negado: que Rosario fuera suya en el infinito vacío de la posteridad.

Pero más allá de eso ¿de verdad usted cree que el "Nocturno", con su sortilegio rítmico, con su sinceridad desgarrada y con esa continua conciencia pavorosa

que crea en el lector la imagen de la próxima precipitación del joven poeta al fondo del abismo, usted cree, de veras, que el poeta es cursi?

Es una pregunta al aire.

3

En Acuña convivieron en una lucha de raíz luz y sombra, sol y noche. Cinco poemas retratan en especial a Acuña ("A Laura", "Ante un cadáver", el "Nocturno", "Hojas secas" y "La gloria"), donde se hallan temas y subtemas tratados bellamente, como amor, desamor, anhelo de grandeza, felicidad imposible, un suicidio anunciado, transformación innumerable de la materia.

¿Cuándo escribió Acuña su poema "A Laura"? En *El Eco de Ambos Mundos* aparece fechado el 24 de abril de 1872. No sabemos si es la fecha de la terminación del poema o si lo escribió y corrigió en ese día. Lo leyó el 29 de abril de 1872 en un salón del Conservatorio. El minucioso investigador Pedro Caffarel Peralta (*El verdadero Manuel Acuña)* hace notar que entre el autógrafo que se publicó en 1923 en *Revista de Revistas* y el texto original en el libro hay 58 variantes. Ello me lleva a suponer que el 24 de abril es la fecha en que lo terminó. En otras publicaciones, el poema apareció con el título "Epístola".

Cuando escribió "A Laura", la joven, quien sería su amante, tiene 19 años, tres menos que él. No lo sabían

entonces, pero eran los dos poetas jóvenes más dotados de su generación. En ese momento, Acuña se ha deslumbrado con los dones de Laura. Ignoramos cuáles poemas provocaron ese deslumbramiento, pero existieron y debieron de ser muy buenos para que en sus tercetos elogie de una manera tan desmesurada la inteligencia y el talento de la joven, al grado de augurarle el arribo a las grandes cimas. Por desgracia, la obra de Laura Méndez es muy breve y, fuera de "Nieblas", quizá el mejor poema escrito por una mujer en el siglo XIX, no hay en su obra poética nada que deje ver una repetición afortunada. Buena parte o mucho debe de haberse perdido. "Nieblas" fue escrito en 1877, a los treinta y cinco años de su edad, cuando ya han muerto los dos hombres fundamentales de su vida: Manuel Acuña, en 1873, y Agustín F. Cuenca, en 1884, y parece haber sido escrito en un momento de desolación y desamparo. En una lectura interpretativa, puede verse como una suerte de cartas cruzadas con "A Laura" que Acuña le escribió y dedicó. Si nos atenemos al contenido de "Nieblas", el "hombre iluso" no asciende las elevadas cimas sino, por el contrario, sucumbe y cae ante las tareas y las pruebas de los años. Todo lo contrario de lo que auguraba Acuña en su poema a Laura. Dolor y oscuridad —se dice en el poema— serán la causa de que sucumba el hombre.

El poema de Acuña está narrado en tono conversacional: "Yo te lo digo, Laura…" En ésta, como en

varias piezas líricas, el saltillense solía dividir el mundo en dos: uno, el de la razón y la ciencia, y otro, el de la fantasía y el sueño. Laura pertenece al segundo. En los tercetos, Laura está destinada a las altas cumbres, donde por demás, vigorizará su imaginación y fantasía. Pero para llegar a las alturas, la joven debe ser fuerte, no amilanarse ante nada ni nadie, para que su nombre llegue a resplandecer en el verde del laurel.

Y le recomienda en tercetos magistrales, que son algo de lo mejor que se escribió en el XIX mexicano:

Sí, Laura… que tus labios de inspirada
Nos repitan la queja misteriosa
Que te dice la alondra enamorada,

Que tu lira tranquila y armoniosa
Nos haga conocer lo que murmura
Cuando entreabre sus pétalos la rosa;

Que oigamos en tu acento la tristura
De la paloma que se oculta y canta
Desde el fondo sin luz de la espesura;

Según estos versos, la muchacha tiene como tarea superior hacer hablar lo que hay de misterioso y secreto en la lamentación del ave y decirnos lo que hay *en y entre* la flor cuando entreabre los pétalos y *transcribirnos* lo que hay de más profundo en la natu-

raleza. La misión que debe cumplir la joven, gracias a sus múltiples dones, no es de este mundo: es sublime: debe redimir a la mujer de la oscuridad donde ha vivido a lo largo de la historia.

"A Laura" es un poema que ignoraron Menéndez Pelayo en su *Historia de la poesía hispanoamericana* (1893) y Luis G. Urbina en *La vida literaria en México* (1917) y que López Portillo y Rojas no incluyó en la breve selección que hizo en su libro *Rosario la de Acuña,* publicado en 1920 (se decidió por "Nocturno", "Lágrimas", "Entonces y hoy", "Resignación" y "Adiós"). Pero quizá el más severo crítico de esta pieza haya sido José Luis Martínez, quien en 1949, en el prólogo a *Manuel Acuña. Obras: poesía y prosa,* escribió con dureza: "Los tercetos 'A Laura'. Eco poco afortunado de los desolados y admirables tercetos de Ramírez tienen una sequedad poco común en Acuña. Se aparta en ellos voluntariamente del impulso retórico y lírico que mueve la mayor parte de sus versos, en busca del tono sentencioso, en el que no alcanza, sin embargo, aquella nobleza y majestad de su modelo". La opinión la dejó en la reedición de las obras en el año 2000. En general, Martínez trata con rigor a Acuña. Su poesía le parece más un "testimonio humano" que una obra de valor estético importante. Por el contrario, nosotros creemos que la sequedad y el tono sentencioso que reprueba son cualidades y no defectos o limitaciones del poema.

Creo que el primer rescate contemporáneo importante de "A Laura" lo hizo José Emilio Pacheco al incluirlo en su equilibrada antología del siglo XIX. Lo puso al lado (una muy apretada selección nuestra sería la misma) de "Ante un cadáver", "Nocturno" y "Hojas secas".

Hay otro poema de Acuña, "¡Adiós!", escrito en 1873, que tiene todos los visos de una despedida para Laura Méndez. Son los versos del hombre avergonzado y acongojado que se despide de la joven y le pide que también se aleje y vaya "en pos de otras florestas/ y de otro cielo en pos".

Acuña ya había conocido a Rosario.

4

Si el "Nocturno" fue en México el poema más popular en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, si los enamorados y los desamados lo sabían de memoria y lo repetían como una plegaría, el poema de Acuña que aplauden los críticos y las élites que aún saben leer, la pieza magistral del romanticismo tardío, es "Ante un cadáver".

Entre varias versiones la pieza se tituló "Junto a un cadáver", "Frente a un cadáver" y, la definitiva, "Ante un cadáver". Fechado el 19 de septiembre de 1872, no se publica sino hasta el 12 de enero de 1873 en el periódico *El Demócrata*.

Fue un poema que desde un principio lastimó a las buenas conciencias y propagó el fuego de la polémica en salones literarios y en publicaciones de la época. Mucho menos que estéticas (los tercetos son dechado de perfección musical y de bien decir) las controversias se suscitaron en el plano filosófico y religioso. ¿Hay otra vida después de la vida? ¿O no habrá nada? ¿O apenas somos materia que mudará en nueva materia?

En la sesión del Liceo Hidalgo del 11 de febrero, la discusión se prolongó hasta pasada la medianoche, estando a favor del poema, entre otros, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano y Justo Sierra, y en contra, el historiador de la literatura mexicana Francisco Pimentel. Observaciones y anotaciones de sus defensores sirvieron a Acuña para perfeccionar el poema. Quizá Ramírez encontraba huellas de una forma poética —los tercetos con versos de once sílabas— donde tuvo grandes momentos, en especial "Por los gregorianos muertos", pero a diferencia de Ramírez, que no veía nada después de la vida, Acuña advertía la mudanza innumerable de la materia.

La polémica no acabó allí. Se manifestó también en la prensa. Un conocido de Manuel Acuña, Francisco (Franz) Cosmes, publicó el 20 de marzo en el diario *El Siglo XIX* un poema que es una copia musical y estrófica de "Ante un cadáver"… pero en versión católica.

Veinte años después, en su *Historia de la poesía hispanoamericana*, el ultracatólico Marcelino Menéndez

Pelayo fue más honesto y comprensivo que los mochos mexicanos dispuestos a asustarse con quienes no *creen* lo que ellos: "Acuña es tan poeta que hasta la doctrina más áspera y desolada podría convertirse para él en un raudal de inmortales armonías".

Desde luego no puede dejar de pensarse, para la ejecución de la pieza lírica, en dos cosas: que Acuña, como estudiante de medicina, estaba familiarizado con el uso y manipulación de cadáveres y que él mismo era un joven obsesionado de la muerte. En la breve obra de Acuña hay dos poemas donde la idea y el tema son variaciones de lo mismo: "Oda (Ante el cadáver del Dr. José B. de Villagrán)" y "Oda (A la memoria del eminente naturalista Leonardo Oliva)", donde se realza que ambos científicos dejan esta vida, pero su obra los hará perdurar entre nosotros. Añádase a éstos "Cineraria (Ante el cadáver de la Sra. Luz Presa)".

En el poema, amén de la posible influencia de Ignacio Ramírez, hay sombras manriquianas donde se habla de la muerte que todo lo iguala:

> Allí acaban la fuerza y el talento,
> Allí acaban los goces y los males,
> Allí acaban la fe y el sentimiento.
>
> Allí acaban los lazos terrenales,
> Y mezclados el sabio y el idiota
> Se hunden en la región de los iguales.

Ante la muerte, ante la plancha donde yace un cadáver, nos dice Acuña, no hay distingo de raza, de color ni clase, la fábula calla, la superstición se desvanece y la ciencia pregunta sin que la razón encuentre la respuesta anhelada, salvo que el cuerpo, una vez bajo tierra, será porción innumerable de la nueva vida de la materia. Es la idea central "Ante un cadáver" y en los tercetos Acuña musicaliza admirablemente variaciones con un solo motivo. Pero ningunos versos más logrados (ya lo señalaba Menéndez Pelayo) que éstos con acento de belleza macabra:

Tú sin aliento ya, dentro de poco
Volverás a la tierra y a su seno,
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, a la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y el verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal a ser testigo
En el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar donde la triste esposa
Sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto
Irá al lecho infeliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto…

Ningún otro poema, ni ningún hecho, ni ninguna acción, ni ningunas declaraciones, dio a Acuña la fama de ateo como "Ante un cadáver". Pero ¿Acuña lo era?

5

El "Nocturno", en cambio, no se parece nada en su forma a los dos poemas anteriores: ni estrófica, ni silábica, ni musicalmente. En "A Laura" se partía de una experiencia y de un destino individual y se terminaba con la condición de sumisión de las mujeres, a quienes debía redimirse. En "Ante un cadáver", el hecho de la contemplación del muerto prepara una reflexión en que la muerte se universaliza e iguala a todos los hombres, y donde, después de la vida, la materia —no el alma— toma nueva vida e incesantes formas nuevas. El "Nocturno" es puramente la descripción de una tristísima experiencia subjetiva.

Al menos por dos razones es difícil distanciarse del "Nocturno": porque ha sido una lectura desde la infancia, lo que ha hecho que provoque en nosotros diversas reacciones emocionales y sentimentales en el decurso de los años, y porque cada verso toca su música en nuestro corazón y nos lleva a asociarlo con la tragedia de un joven en el verdor de la edad y en el espléndido verano de sus dones.

No fue la última composición lírica de Acuña; ya su "hermano de corazón", Juan de Dios Peza, en la primera de las crónicas sobre el saltillense, recuerda que desde tres meses antes de su muerte él y los amigos lo sabían de memoria, es decir, el "Nocturno" fue escrito hacia agosto o septiembre de 1873. Incluso publicados, Acuña solía corregir sus poemas; es muy probable que cuando escribe el autógrafo del "Nocturno" en una mesa de la casa de Rosario para dárselo a ésta, los versos hayan pasado de la memoria a la escritura.

1873 había sido especialmente difícil para Acuña. La idea del suicidio rondaba desde los primeros días del año, como lo documenta la carta del 14 de enero dirigida a su amigo y paisano el licenciado Ramón Espinosa, donde escribe que sólo el temor al infierno lo ha detenido. "Si no fuera por esto, te repito, tu desgraciado amigo hubiera muerto, porque es mucho, muchísimo, por cierto, lo que sufre y padece el pobrecito." Después de los fallidos intentos de enamorarla, Acuña, según

Rosario, le propuso un pacto suicida que los eternizaría a ambos. Asustada, Rosario le dijo que no pensara en esas cosas. De hecho, el "Nocturno" es una continua despedida de la mujer amada, pero sólo las dos últimas líneas, cuando dice adiós a su lira y a su juventud, pueden ser tomadas como un suicidio anunciado. Esa estrofa final era la única que no estaba en el autógrafo que escribió en la mesa de la sala de Rosario.

El "Nocturno" es un texto de lo que se aspiró a tenerse y no fue posible, del hombre que ya sabe que la mujer no será suya, pero que, pese a todos sus esfuerzos, pese a los desdenes y desvíos, no la olvida y en vez de amarla menos la quiere mucho más.

Desde luego, la proposición de vida que Acuña ofrece a Rosario en el "Nocturno" dista mucho del ideal romántico de una atractiva y cultivada joven de la capital del país, a quien, por demás, le caen como en lluvia de julio en el altiplano pretendientes y partidos de toda índole. Acuña le ofrece una felicidad doméstica en el hogar nativo de una pequeña y desértica ciudad del norte, teniendo a su madre en medio como un dios. Podemos suponer lo que Rosario imaginó ante tal vida que llevaría. Y, sin embargo, no podemos dejar de leer cada línea del "Nocturno" con una tristeza sin fondo al imaginar la tragedia que esperaba al joven poeta poco tiempo después. Oigamos la última de las despedidas:

¡Adiós por la vez última,
Amor de mis amores;
La luz de mis tinieblas,
La esencia de mis flores;
Mi lira de poeta,
mi juventud, adiós!

Nótese: la lira de poeta y la juventud del autor son *de* la mujer, es decir, *son de Rosario y son Rosario* y se van a la muerte ellas —lira y juventud—*en y con* Rosario.

6

"Hojas secas" y "La gloria" son una suerte de tribulada continuación del "Nocturno", y, aun diría, forman un tríptico dedicado a Rosario. En los tres la presencia lejana de la madre, el amor desdichado y la inminencia de la muerte están implícitos.

En "Hojas secas", Acuña combina y concierta en 15 fragmentos diversas estrofas (cuartetas, octavas), metros (heptasílabos, octosílabos, endecasílabos, una combinación de endecasílabos con heptasílabos) y rimas (asonantadas o consonantadas). En el poema el personaje habla a la amada desde tres perspectivas: como si estuviera viviendo —ilusoriamente— el romance, como si fueran los días finales y como si ya estuviera muerto y la volviera a ver. En momentos de la despedida quiere ha-

cerse la ilusión de que hubo algo entre ambos, que ninguno quería separarse, pero después el joven poeta fue amargamente ofendido y desdeñado, pese a que él cree haber conseguido las cumbres poéticas:

¡Ah gloria! ¡De qué me sirve
Tu laurel mágico y santo
Cuando ella no enjuga el llanto
Que estoy vertiendo sobre él!
¡De qué me sirve el reflejo
De tu soñada corona,
Cuando ella no me perdona
Ni en nombre de ese laurel!

En el magnífico fragmento final del poema le habla a la amada —le sugiere— la contemplación de su entierro para que ella también lo vea. Las dos preguntas finales, en su sugerencia fúnebre, son estremecedoras:

¿Ves?... en aquellas paredes
Están cavando un sepulcro,
Y parece como que alguien
Solloza allí, junto al muro.
¿Por qué me miras y tiemblas?
¿Por qué tienes tanto susto?
¿Tú sabes quién es el muerto?
¿Tú sabes quién fue el verdugo?

7

En su libro *El verdadero Manuel Acuña*, donde reproduce invaluables documentos, Pedro Caffarel Peralta informa que el folleto "La gloria. Pequeño poema en dos cantos" se publicó en ediciones de *La Nación*, una editorial efímera, en 1873. Fue lo único que como forma de libro —de hecho un pequeño cuaderno—, se editó en vida del joven saltillense. Probablemente sería a fines de septiembre o principios de octubre, porque cuando regala a Rosario un ejemplar la dedicatoria dice: "Obre. 11 de 1873. Rosario: Usted tiene la culpa si me atrevo a enviarle este cuaderno, por haberme dicho que le agradaba el día que tuve el gusto de leérselo; si ahora yo fuera tan desgraciado que usted lo hallara malo, perdónelo siquiera porque él le va a decir que como siempre, cuenta usted con un sincero y buen amigo —Manl. Acuña". El "sincero y buen amigo" es un engaño tácito. La dedicatoria muestra, por una parte, lo enamorado que Acuña todavía estaba y la convicción íntima de que ya no era posible alcanzar el amor recíproco, y por otra, que Acuña ya se lo había leído antes de publicarlo. Me doy por creer que Acuña le leyó a Rosario desde que se conocieron un buen número de sus poemas.

¿Por qué, si después de la muerte de Acuña no dejó de detestarlo, si detestaba el "Nocturno" que la hizo imperecedera, Rosario en dos entrevistas afirmó que la Rosario del poema no era ella? ¿Por qué entonces

—repetimos— pegó el autógrafo del "Nocturno" en el famoso Álbum que le regaló Ignacio Ramírez en 1874, y por qué guardó el folleto de "La gloria" con la dedicatoria que era una declaración de Acuña de la tristeza de amor que no conoció reciprocidad?

Por el contrario, a su examante Laura Méndez, a la talentosísima Laura Méndez, Acuña puso en la dedicatoria de "La gloria" un seco: "A Laura. Manuel". En ese octubre aflictivo de 1873 nació, oh ironía, el hijo de Manuel Acuña y Laura Méndez. Se le bautizó también con el nombre de Manuel Acuña. Moriría el 17 de enero de 1874, un mes y medio después que el padre.

"La gloria" se divide en dos actos cuyos títulos están no exentos de humor: "La cabeza sin corona" y "La corona sin cabeza". El poema podría tomarse —lo es también— como una breve obra de teatro en verso. Igual que "Hojas secas" es una pieza espléndida en su conjunto, pero con momentos débiles como malas metáforas, frases trilladas o expresiones coloquiales que no alcanzan en los versos valor estético; sin embargo, los poemas se nos acaban imponiendo por la sinceridad y la intensidad del sentimiento desolado.

En el poema —en la pequeña obra de teatro— está de nuevo la creencia de que por la gloria artística va a alcanzar a la mujer anhelada y se halla el amor no correspondido o se alcanza mínimamente en algún momento. "La gloria" es quizás el adiós último de Acuña y asoma en los versos finales la precipitación

fúnebre hacia el abismo. Como en el "Nocturno" y en "Hojas secas" aparece la madre, pero aquí no sólo ella; también el padre y los hermanos son recordados con honda melancolía.

En el poema la pareja de jóvenes se llaman Pablo y Elena. En el primer canto, Pablo tiene entre veinte y veintiún años, y Elena, suponemos, andaría por esa edad; en el segundo canto han pasado dos años desde que empezaron a devanear. En el primer canto hay varios pasajes donde el personaje hace una divertida burla de sí mismo; en el segundo canto sólo es el drama de un joven pobre, que habita en una buhardilla, quien creyó que la gloria era la vía para aspirar a la muchacha, y que engañado por un amigo, ilusionadamente le escribió y le mandó una corona de laurel de una gloria que aún no conseguía con la esperanza de un regreso que no fue. Pero Elena ya para entonces convive con la alta sociedad, asiste a toda suerte de eventos sociales y está por casarse con un primo. Desdeñosa, aniquiladoramente, le devuelve la corona de laurel que le había mandado y le prohíbe que en adelante le escriba. Pablo se queda sin alcanzar ni la gloria ni el amor de Elena. En la cuarteta final, Pablo sugiere su propia muerte:

> Después, tranquilo ya bajo la calma
> De otro cielo mejor y diferente,
> Pablo, pensando en la que estaba ausente,
> en lugar de un laurel ¡le mandó el alma!

8

El suicidio de Manuel Acuña conmocionó no sólo al medio artístico e intelectual sino a la ciudad entera. Al enterarse Ignacio Ramírez dijo: "Es una estrella que se apaga". Cinco días después de su muerte fue enterrado de manera apoteósica en el cementerio de Campo Florido. Frente a su tumba, lo más bellamente trágico que se oyó, fue la primera estancia de un poema de Justo Sierra:

> ¡Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
> de un porvenir feliz, todo en una hora
> de soledad y hastío,
> cambiaste por el triste
> derecho de morir, hermano mío!

"Los que se han hecho para asombrar al mundo, no deben equivocarse para juzgarlo. Los grandes tienen el deber de adivinar la grandeza. ¡Paz y perdón para aquel grande que faltó tan temprano a su deber!", escribió José Martí después de llorar con la lectura del "Nocturno". Marcelino Menéndez Pelayo sentenció con justicia: "En aquel niño tan infelizmente extraviado había un germen de un gran poeta".

Pese a la fama que ya tenía, pese al reconocimiento de amigos y maestros, Acuña, desde tiempo atrás, veía ya la vida como un "hondo abismo" y el porvenir como

ceniza y humo. Pese también a que la gloria parecía estar al alcance de la mano para volverse un laurel, no ignoraba desde hacía mucho:

> Que es la gloria una mentira
> Tan bella como ilusoria

y que la fortuna es "un fantasma que cuando se toca vuela". En la tierra lo único verdadero y de raíz es el dolor.

Nota

Para armar esta antología cotejé ante todo la primera edición, publicada por los amigos de Acuña en 1874 (*Versos*), y la publicada en 1949 por Porrúa, que preparó José Luis Martínez (*Obras*). Escritos en los dos últimos años de su vida, 1872 y 1873, son poemas donde Acuña ya ha alcanzado una espléndida madurez. Sigue, hasta donde es posible, una secuencia cronológica.

Quise elegir aquí los poemas más perdurables y los poemas que se relacionaban con su relación ilusionadamente triste con Rosario de la Peña, la musa del romanticismo tardío, que anunciaban de manera implícita su desdichado deceso el 6 de diciembre de 1873. Añadí *La Gloria, Pequeño Poema en dos Actos*, al que tal vez sería mejor llamarlo Pequeño Drama en dos Actos.

Manuel Acuña escribió una buena cantidad de poemas de circunstancia que sus amigos incluyeron en la edición de 1874 y que el mismo Acuña difícil o imposiblemente los hubiera publicado en libro. Como buen espíritu melancólico tenía mucho sentido del humor y en el otro extremo escribió también poemas "jocosos y satíricos"; no pudo evitar, como la mayoría de nuestros poetas del XIX, dejar rápidos versos en los álbumes de las señoritas, entre ellos, tres para Asunción, la hermana de Rosario; también se prestó para

escribir poemas de ocasión para figuras teatrales o celebrar aniversarios de sociedades literarias. No incluí ninguno por tratarse de poemas de compromiso, que si están correctamente versificados, no tienen en su facilismo una emoción concentrada. Su grandeza de poeta está ante todo en cuatro o cinco poemas que lo convierten en uno de los poetas esenciales de nuestros romanticismos.

Como se recuerda en el prólogo a la edición de 1874, a varios amigos Acuña les dijo que cuando publicara un libro lo titularía simplemente *Versos*. Por eso a esta colección la llamamos también así. En ella respetamos todas las iniciales en mayúscula de los poemas con que empezaba Acuña cada línea, como era algo más o menos usual en el siglo XIX. En las páginas del prólogo los amigos con añoranza hablan bellamente de la persona: "Ni los triunfos (…) que había obtenido, ni el aprecio que le dispensaban las notabilidades literarias, fueron suficientes para que cambiase su carácter siempre humilde y sincero, siempre fraternal y franco; esto fue una prueba evidente de su mérito".

Los elegidos mueren jóvenes. Sin embargo, Acuña, como Ignacio Rodríguez Galván, otro admirable poeta romántico, tenían aún por alcanzar variadas cumbres. Aquél se suicidó a los veinticuatro años en un cuarto descuidado y pobre de la Escuela de Medicina; éste murió de veintiséis años del llamado vómito negro, enfermedad incurable, que contrajo en La Habana, Cuba, en 1942.

A Laura

Yo te lo digo, Laura… quien encierra
Valor para romper el yugo necio
De las preocupaciones de la tierra.

Quien sabe responder con el desprecio
A los amigos del anacronismo,
Defienden el pasado a cualquier precio.

Quien sacudiendo todo despotismo
A ninguno somete su conciencia
Y se basta al pensar consigo mismo.

Quien no busca más luz en la existencia
Que la luz que desprende de su foco
El sol de la verdad y la experiencia.

Quien ha sabido en este mundo loco
Encontrar el disfraz más conveniente
Para encubrir de nuestro ser lo poco.

Quien al amor de su entusiasmo siente
Que algo como una luz desconocida
Baja a imprimir un ósculo en su frente.

Quien tiene un corazón en donde anida
El genio a cuya voz se cubre en flores
La paramal tristeza de la vida;

Y un ser al que combaten los dolores
Y esa noble ambición que pertenece
Al mundo de las almas superiores;

Culpable es, y su lira no merece
Si debiendo cantar, rompe su lira
Y silencioso y mudo permanece.

Porque es una tristísima mentira
Ver callado al cenzontle y apagado
El tibio sol que en nuestro cielo gira;

O ver el broche de la flor cerrado
Cuando la blanca luz de la mañana
Derrama sus caricias en el prado.

Que indigno es de la gloria soberana,
Quien siendo libre para alzar el vuelo,
Al ensayar el vuelo se amilana.

Y tú, que alientas ese noble anhelo,
¡Mal harás si hasta el cielo no te elevas
Para arrancar una corona al cielo… !

Álzate, pues, si en tu interior aún llevas
El germen de ese afán que pensar te hace
En nuevos goces y delicias nuevas.

Sueña, ya que soñar te satisface
Y que es para tu pecho una alegría
Cada ilusión que en tu cerebro nace.

Forja un mundo en tu ardiente fantasía,
Ya que encuentras placer y te recreas
En vivir delirando noche y día.

Alcanza hasta la cima que deseas,
Mas cuando bajes de esa cima al mundo
Refiérenos al menos lo que veas.

Pues será un egoísmo sin segundo,
Que quien sabe sentir como tú sientes
Se vuelva en un silencio tan profundo.

Haz inclinar ante tu voz las frentes,
Y que resuene a tu canción unido
El general aplauso de las gentes.

Que tu nombre doquiera repetido,
Resplandeciente en sus laureles sea
Quien salve tu memoria del olvido;

Y que la tierra en tus pupilas lea
La leyenda de una alma consagrada
Al sacerdocio augusto de la idea.

Sí, Laura…, que tus labios de inspirada
Nos repitan la queja misteriosa
Que te dice la alondra enamorada;

Que tu lira tranquila y armoniosa
Nos haga conocer lo que murmura
Cuando entreabre sus pétalos la rosa;

Que oigamos en tu acento la tristura
De la paloma que se oculta y canta
Desde el fondo sin luz de la espesura;

O bien el grito que su ardor levanta
El soldado del pueblo, que a la muerte
Envuelto en su bandera se adelanta.

Sí, Laura… que tu espíritu despierte
Para cumplir con su misión sublime,
Y que hallemos en ti a la mujer fuerte
Que del oscurantismo se redime.

Ante un cadáver

¡Y bien! Aquí estás ya… sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.

Aquí donde la rígida experiencia
Viene a dictar las leyes superiores
A que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro a cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.

Aquí donde la fábula enmudece
Y la voz de los hechos se levanta
Y la superstición se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta
A leer la solución de ese problema
Cuyo sólo enunciado nos espanta.

Ella que tiene la razón por lema
Y que en sus labios escucha ansía
La augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe,
Tu máquina vital descansa inerte
Y a cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más!, dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida
Se acercarán a ti, y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida.

Pero, ¡no!... tu misión no está acabada
Que ni es la nada el punto en que nacemos,
Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, mal hacemos
Cuando al querer medirla le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro ser reviste, ni tampoco
Será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco
Volverás a la tierra y a su seno
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, a la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal a ser testigo
En el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar donde la triste esposa
Sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto
Irá al lecho infeliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores
Tu cráneo lleno de una nueva vida,
Esta vez de pensamientos dará flores,

En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó el adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión a cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo a la vida nos despierta.

Allí acaba la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Allí acaban la fe y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota
Se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El ser que muere es otro ser que brota.

El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera
Y forma y hace de él otro organismo.

Abandona a la historia justiciera
Un nombre, sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice o muera.

Él recoge la masa únicamente
Y cambiando las formas y el objeto
Se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto,
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de está existencia transitoria
A la que nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas; pero nunca muere.

Adiós

A…

Después de que el destino
me ha hundido en las congojas
Del árbol que se muere
crujiendo de dolor,
Tronchando una por una
las flores y las hojas
Que al beso de los cielos
brotaron de mi amor.

Después de que mis ramas
se han roto bajo el peso
De tanta y tanta nieve
cayendo sin cesar,
Y que mi ardiente savia
se ha helado con el beso
Que el ángel del invierno
me dio al atravesar.

Después… es necesario
que tú también te alejes
En pos de otras florestas
y de otro cielo en pos;

Que te alces en tu nido,
que te alces y me dejes
¡Sin escuchar mis ruegos
y sin decirme adiós!

Yo estaba solo y triste
cuando la noche te hizo
Plegar las blancas alas
para acogerte a mí,
Y entonces mi ramaje
doliente y enfermizo
Brotó sus flores todas,
y todas para ti.

En ellas te hice el nido
risueño en que dormías
De amor y de ventura
temblando en su vaivén,
Y en él te hallaban siempre
las noches y los días
Feliz con mi cariño
y amándome también… !

¡Ah!, nunca en mis delirios
creí que fuera eterno
El sol de aquellas horas
de encanto y frenesí:
¡Pero jamás tampoco
que el soplo del invierno

Llegara entre tus cantos,
y hallándote tú aquí…!

Es fuerza que te alejes…
rompiéndome en astillas
Ya siento entre mis ramas
crujir al huracán,
Y heladas y temblando
mis hojas amarillas
Se arrancan y vacilan,
y vuelan y se van.

Adiós, paloma blanca,
que huyendo de la nieve
Te vas a otras regiones
y dejas tu árbol fiel;
Mañana que termine
mi vida oscura y breve,
Ya sólo tus recuerdos
palpitarán sobre él.

Es fuerza que te alejes…
del cántico y el nido
Tú sabes bien la historia,
paloma que te vas…
El nido es el recuerdo
y el cántico el olvido
El árbol es el *siempre*
y el ave es el *jamás*!

Y ¡adiós¡ mientras que puedes
oír bajo este cielo
El último ¡ay! del himno
cantado por los dos…
Te vas y ya levantas
el ímpetu y el vuelo,
Te vas y ya me dejas,
paloma ¡adiós, adiós!

A una flor

a mi buena amiga la señorita Rosario Peña

¿Cuándo tu broche apenas se entreabría
para aspirar la dicha y el contento,
te doblas ya y, cansada y sin aliento,
te entregas al dolor y a la agonía?

¿No ves, acaso, que esa sombra impía
que ennegrece el azul del firmamento
nube es tan solo que al soplar el viento,
te dejará de nuevo ver el día?...

¡Resucita y levántate!... Aún no llega
la hora de que en el fondo de tu broche
des cabida al placer que te doblega.

Injusto para el sol es tu reproche,
que esa sombra que pasa y que te ciega,
es una sombra, pero aún no es la noche.

25 junio de 1873

A Rosario

Esta hoja arrebatada a una corona
que la fortuna colocó en mi frente
entre el aplauso fácil e indulgente
con que el primer ensayo se perdona.

Esta hoja de un laurel que aún me emociona
como en aquella noche, dulcemente,
por más que mi razón comprende y siente
que es un laurel que el mérito no abona.

Tú la viste nacer, y dulce y buena
te estremeciste como yo al encanto
que produjo al rodar sobre la escena;

guárdala, y de la ausencia en el quebranto,
que te recuerde, de mis besos llena,
al buen amigo que te quiere tanto.

Nocturno

a Rosario

I

¡Pues bien!, yo necesito
decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
con todo el corazón;
Que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto,
y al grito en que te imploro
Te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas
que ya hace muchos días
Estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
Que ya se han muerto todas
las esperanzas mías,

Que están mis noches negras
tan negras y sombrías,
Que ya no sé ni dónde
se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo
mis sienes en la almohada
Y hacia otro mundo quiero
mi espíritu volver,
Camino mucho, mucho,
y al fin de la jornada
Las formas de mi madre
se pierden en la nada
Y tú de nuevo vuelves
en mi alma a aparecer.

IV

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos,
Comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás;
Y te amo, y en mis locos
y ardientes desvaríos

Bendigo tus desdenes,
adoro tus desvíos,
Y en vez de amarte menos
te quiero mucho más.

V

A veces pienso en darte
mi eterna despedida,
Borrarte en mis recuerdos
y hundirte en mi pasión;
Mas si es en vano todo
y el alma no te olvida,
¿Qué quieres tú que yo haga,
pedazo de mi vida,
Qué quieres tú que yo haga
con este corazón?

VI

Y luego que ya estaba
concluido tu santuario,
Tu lámpara encendida,
tu velo en el altar;
El sol de la mañana
detrás del campanario,

Chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
¡Y abierta allá a lo lejos
la puerta del hogar… !

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo,
Los dos unidos siempre
y amándonos los dos;
Tú siempre enamorada,
yo siempre satisfecho,
Los dos una sola alma,
los dos un solo pecho,
Y en medio de nosotros,
mi madre como un dios!

VIII

¡Figúrate qué hermosas
las horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
mi santa prometida,

Y al delirar en eso
con alma estremecida
Pensaba yo en ser bueno
por ti, nomás por ti.

IX

¡Bien sabe Dios que ése era
mi más hermoso sueño,
Mi afán y mi esperanza,
mi dicha y mi placer;
Bien sabe Dios que en nada
cifraba yo mi empeño,
Sino en amarte mucho
bajo el hogar risueño
Que me envolvió en sus besos
cuando me vio nacer!

X

Ésa era mi esperanza…
mas ya que sus fulgores
Se opone el hondo abismo
que existe entre los dos,
¡Adiós por la vez última,
amor de mis amores;

La luz de mis tinieblas,
la esencia de mis flores;
Mi lira de poeta,
mi juventud, adiós!

Hojas secas

I

Mañana que ya no puedan
Encontrarse nuestros ojos,
Y que vivamos ausentes
Muy lejos uno del otro,
Que te hable de mí este libro
Como de ti me habla todo.

II

Cada hoja es un recuerdo
tan triste como tierno
de que hubo sobre ese árbol
un cielo y un amor;
reunidas forman todas
el canto del invierno,
la estrofa de las nieves
y el himno del dolor.

III

Mañana a la misma hora
En que el sol te besó por vez primera,

Sobre tu frente pura y hechicera
Caerá otra vez el beso de la aurora;
Pero ese beso que en aquel oriente
Cayó sobre tu frente solo y frío
Mañana bajará dulce y ardiente,
Porque el beso del sol sobre tu frente
Bajará acompañado con el mío.

IV

En Dios le exiges a mi fe que crea,
Y que le alce un altar dentro de mí.
¡Ah! ¡Si basta no más con que te vea
para que yo ame a Dios, creyendo en ti!

V

Si hay algún césped blando
cubierto de rocío
En donde siempre se alce
dormida alguna flor,
Y en donde siempre puedas
hallar, dulce bien mío,
Violetas y jazmines
muriéndose de amor;

Yo quiero ser el césped
Florido y matizado
Donde se asienten, niña,
Las huellas de tus pies;
Yo quiero ser la brisa
Tranquila de ese prado
Para besar tus labios
Y agonizar después.

*

Si hay algún pecho amante
que de ternura lleno
Se agite y se estremezca
no más para el amor,
Yo quiero ser, mi vida,
yo quiero ser el seno
Donde tu frente inclines
para dormir mejor.

Yo quiero oír latiendo
Tu pecho junto al mío,
Yo quiero oír que dicen
Los dos en su latir,
Y luego darte un beso
De ardiente desvarío
Y luego… arrodillarme
Mirándote dormir.

VI

Las doce… ¡adiós! Es fuerza que me vaya
y que te diga adiós…
Tu lámpara está ya por extinguirse,
y es necesario.
—Aún no.
—Las sombras son traidoras, y no quiero
que al asomar el sol,
Se detengan sus rayos a la entrada
de nuestro corazón…
—¿Y ¿qué importan las sombras cuando entre ellas
queda velando Dios?
—¿Dios? ¿Y qué puede Dios entre las sombras
al lado del amor?
—Cuando te duermas ¿me enviarás un beso?
—¡Y mi alma!
—¡Adiós…!
—¡Adiós…!

VII

Lo que siente el árbol seco
Por el pájaro que cruza
Cuando plegando las alas
Baja hasta sus ramas mustias,
Y con sus cantos alegra

Las horas de su amargura;
Lo que siente por el día
La desolación nocturna
Que en medio de sus pesares
Y en medio de sus angustias,
Ve asomar con la mañana
De sus esperanzas una;
Lo que sienten los sepulcros
Por la mano buena y pura
Que solamente obligada
Por la piedad que la impulsa,
Riega de flores y de hojas
La blanca lápida muda,
Eso es al amarte mi alma
Lo que siente por la tuya,
Que has bajado hasta mi invierno,
Que has surgido entre mi angustia
Y que has regado de flores
La soledad de mi tumba.

Mi hojarasca son mis creencias,
Mis tinieblas son la duda,
Mi esperanza es el cadáver,
Y el mundo mi sepultura…
Y como de entre esas hojas
Jamás retoña ninguna;
Como la duda es el cielo
De una noche siempre oscura,

Y como la fe es un muerto
Que no resucita nunca,
Yo no puedo darte un nido
Donde recojas tus plumas,
Ni puedo darte un espacio
Donde enciendas tu luz pura,
Ni hacer que mi alma de muerto
Palpite unida a la tuya;
Pero si gozar contigo
No ha de ser posible nunca,
Cuando estés triste, y en la alma
Sientas alguna amargura,
Yo te ayudaré a que llores,
Yo te ayudaré a que sufras,
Y te prestaré mis lágrimas
Cuando se acaben las tuyas.

VIII

1

Aún más que con los labios
hablamos con los ojos;
Con los labios hablamos de la tierra,
Con los ojos del cielo y de nosotros.

2

Cuando volví a mi casa
De tanta dicha loco,
Fue cuando comprendí muy lejos de ella
Que no hay cosa más triste que estar solo.

3

Radiante de ventura,
Frenético de gozo,
Cogí una pluma, le escribí a mi madre,
Y al escribirle se lo dije todo.

4

Después, a la fatiga
Cediendo poco a poco,
Me dormí y al dormirme sentí en sueños
Que ella me daba un beso y mi madre otro.

5

¡Oh sueño, el de mi vida
Más santo y más hermoso!
¡Qué dulce has de haber sido cuando aun muerto
gozo con tu recuerdo de este modo!

IX

Cuando yo comprendí que te quería
Con toda la lealtad del corazón,
Fue aquella noche en que al abrirme tu alma
    Miré hasta su interior.
Rotas estaban tus virgíneas alas
Que ocultaba en sus pliegues un crespón
Y un ángel enlutado cerca de ellas
    Lloraba como yo.
Otro, tal vez, te hubiera aborrecido
Delante de aquel cuadro aterrador;
Pero yo no miré en aquel instante
    Más que mi corazón;
Y te quise, tal vez, por tus tinieblas,
Y te adoré, tal vez, por tu dolor,
¡Que es muy bello poder decir que la alma
    Ha servido de sol… !

X

Las lágrimas del niño
  la madre las enjuga,
las lágrimas del hombre
  las seca la mujer…
¡Qué tristes las que brotan
  y bajan por la arruga,

Del hombre que está solo,
  del hijo que está ausente,
Del ser abandonado
  que llora y que no siente
Ni el beso de la cuna,
  ni el beso del placer!

XI

¡Cómo quieres que tan pronto
Olvide el mal que me has hecho,
Si cuando me toco el pecho
La herida me duele más!
Entre el perdón y el olvido
Hay una distancia inmensa;
Yo perdonaré la ofensa;
Pero olvidarla… ¡jamás!

XII

"Te amo —dijiste— y jamás a otro hombre
Le entregaré mi amor y mi albedrío",
Y al quererme llamar buscaste un nombre,
Y el nombre que dijiste no era el mío".

XIII

¡Ah, gloria! ¡de qué me sirve
Tu laurel mágico y santo,
Cuando ella no enjuga el llanto
Que estoy vertiendo sobre él!

¡De qué me sirve el reflejo
De tu soñada corona,
Cuando ella no me perdona
Ni en nombre de ese laurel.

La que a la luz de sus ojos
Despertó mi pensamiento,
La que al amor de su acento
Encendió en mí la pasión;
Muerta para el mundo entero
Y aun para ella misma muerta,
Solamente está despierta
Dentro de mi corazón.

XIV

El cielo está muy negro, y como un velo
Lo envuelve en su crespón la oscuridad;
Con una sombra más sobre ese cielo
El rayo puede desatar su vuelo
Y la nube cambiarse en tempestad.

XV

Oye, ven a ver las naves,
Están vestidas de luto,
Y en vez de las golondrinas
Están graznando los búhos…
El órgano está callado,
El templo solo y oscuro,
Sobre el altar… ¿y la virgen
Por qué tiene el rostro oculto?
¿Ves?... en aquellas paredes
Están cavando un sepulcro.
Y parece como que alguien
Solloza allí junto al muro.
¿Por qué me miras y tiemblas?
¿Por qué tienes tanto susto?
¿Tú sabes quién es el muerto?
¿Tú sabes quién fue el verdugo?

La gloria

Pequeño poema en dos cantos

CANTO PRIMERO
La cabeza sin corona

I

Como decir veinte años es lo mismo
Que decir corazón, ternura, amores,
Arranques, heroísmos,
Cielos, celajes, pájaros y flores,
Y a falta de otros útiles mejores
Tener para salvar cualquier abismo
Las alas del lirismo,
Que si no son muy buenas no son malas
Porque al cabo y al fin siempre son alas,
Ya que de comenzar entre los modos
Tengo por fuerza que escoger alguno
No pudiendo a la vez usar de todos,
A fin de no pecar de inoportuno
Y lo que fuera peor, por indigesto,
Ya que en esto me auxilia la memoria
Que no siempre me auxilia como en esto,

Seguro de que todo lo reúno,
Diré que Pablo, el héroe de esta historia,
Se hallaba entre los veinte y los veintiuno
Al dar principio al poema de la gloria.
Así es que aunque muy alta
La buhardilla en que vive y aunque pobre,
Porque si tiene mucho que le falta,
No tiene en cambio nada que le sobre;
El muchacho contento en su pobreza
Desde el oscuro fondo de su pieza,
Si sabe que hay un mundo es solamente
Porque así lo ha aprendido de la gente,
Pues él con otro mundo en la cabeza
De su bendita edad bajo la calma,
No cree que exista más naturaleza,
Que la que todo joven lleva en su alma.

II

Pobre razonamiento
Que arrastrando en su vuelo al sentimiento,
De esperanzas origen tan fecundo,
Hace que el hombre triste,
Desconozca este mundo donde existe
Hasta la hora de entrar al otro mundo…
Pues aunque esos rateros
Que en español se llaman desengaños
Lo dejen de ilusiones casi en cueros,

Sin que haya una ilusión que no le roben.
Él, en medio de propios y de extraños
Sostendrá con sus ciento y pico de años
Que la alma es siempre nueva y siempre joven.

III

Pablo, apartado por la negra ausencia
Del dulce hogar donde la luz del día
Vio por primera vez en la existencia,
Siente frecuentemente
Esa vaga y letal melancolía
Del que tiene una madre y en su frente
No puede recibir porque está ausente
Los besos que su madre le daría.
Ve a su padre muy lejos
A través de unos cielos muy oscuros
Y extrañando su voz y sus consejos
Halla que, visto bien, no eran tan duros
Los que él llamaba *achaques de estos viejos*;
Recuerda a sus hermanos
Con quienes en las horas del cariño
Jugaba esos mil juegos soberanos
Que ocupan en la edad en que uno es niño
La alma al dormir y al despertar las manos…
Y pensando en todo esto
Que por haber pasado le parece
Más bonito y más triste por supuesto,

Se aflige, languidece,
Y para hacer más rápido y más pronto
El término que falta a su carrera,
Se levanta, y después —"Soy un tonto"—
Coge el libro y estudia una hora entera.
Y estudia… y dan las dos de la mañana.
Que lo encuentran despierto,
Y dan las tres y con el libro abierto
Lo sorprende la luz por la ventana…
Pues aunque Pablo sabe
Que no hay fuerza o vigor que no se acabe
Cuando se abusa más de lo debido
Ve que su aliento juvenil se agosta,
Y arrojando esa máxima al olvido,
Sigue siempre lo mismo, decidido
A ser un hombre sabio a toda costa.

IV

Mas no vaya a pensarse que esto es todo
Lo que hace que él trabaje de este modo,
Pues queda y falta por decir que Elena,
Que es muy hermosa y además muy buena,
Le dijo el otro día
Que le gustaba mucho la poesía
Y que si amarle más posible fuera,
Aun más de lo que le ama le amaría
Si él supiera decir lo que sentía

De la misma manera
Que un poeta cualquiera
Tratando de decirlo lo diría.
Y como Pablo, en cuanto Elena toca
Nunca ha sabido desplegar la boca
Más que para rendirse a sus antojos,
Ha visto en la mirada de sus ojos
Que de ahí en adelante
Si ha de decirle a sus labios —rojos—
Tendrá para encontrar el consonante
Que ponerse de hinojos,
Y queriendo agradarla a cualquier precio,
Aunque nunca jamás ha escrito una oda,
Por no hacerse acreedor a su desprecio
Pensó en una oda y escribió tan recio
Que en menos que lo digo la hizo toda.

V

La oda no era muy buena
Como es fácil pensarlo, pero Elena
Que se oía llamar la más hermosa
De todo el universo
Y esto no en simple prosa sino en verso,
Lo cual, como se ve ya es otra cosa,
Radiante de alegría
Propuso que la prosa
Abolida por siempre quedaría

En cuantas cartas él le escribiría.
Y Pablo, que no hay modo de que pueda
Resistir a un capricho de su amada
Tras de —la prosa queda desterrada—
No supo más que contestar —pues queda.
Y así con el alma henchida
De ternura y pasión por su querida,
La escribe diariamente
Una carta de dos o más hojas,
Donde forzosamente
Hay muchas frases débiles y flojas,
Pero en cambio también y de repente
Alguna que por nueva y por valiente
Recuerda a los Quintanas y los Riojas,
Pues Pablo en fuerza de escribir cuartetas
Y de educar el gusto y el oído,
Ha conseguido al fin ser aplaudido
Y al nombre y apellido de otros poetas
Ver agregar su nombre y apellido.

VI

Y esto que el pobre mozo
Se encontró con grandísimo alborozo
Cierta vez que un periódico leía,
Se lo enseñó a su amada
Con mucho del rubor y la alegría,
Del que por vez primera

Mira una *cosa* suya publicada,
Cuando ha sido, además, acompañada
De una lisonja o de una flor cualquiera.
Cuán cierto es que la gloria
Brotando de la letra más sencilla
Toma las formas de lo real y brilla
De la ambición en la óptica ilusoria,
En dos líneas o tres de gacetilla
Que allá en la soledad de una buhardilla
Se aprenden muchas veces de memoria.

VII

Llena de regocijo
Por la prueba de amor que le presenta,
Quedó Elena con ella tan contenta
Que queriendo hablar mucho nada dijo.
Mas si no pudo hablar porque su boca
No estaba en aquel punto para eso,
En cambio le abrazó como una loca
Y le dio de su dicha en un exceso
Que casi casi en la demencia toca,
Un beso de esa especie que provoca
A hacer interminable cada beso.

VIII

Pablo, que en la pasión en que se ardía
Por la graciosa Elena,

Que en la eterna vigilia
En que vive soñando con su amante,
Ésta, que toda su memoria llena,
Le hace olvidar la obligación, de modo
Que él sólo dice que ha pensado en todo
Si ha pensado en la gloria y en Elena.

CANTO SEGUNDO
La corona sin cabeza

I

Entre el canto primero y el segundo
Han pasado dos años.
Y como todo pasa en este mundo
Que si en algo es fecundo
Es por desgracia eterna en desengaños,
Aquel montón de flores
Donde vimos dormir como en un nido
A nuestros dos hermosos soñadores,
Aquel montón de flores se ha perdido
Con la triste esperanza en sus dolores
De encontrar el remedio del olvido.

II

Dos años han pasado
¡Y el corazón de ella ya está helado… !

¡Ella que era tan buena,
Ya no es aquella Elena
A la que el pobre Pablo enamorado
La consagraba en su ilusión serena
La gloria que aún no había conquistado… !
En la triste buhardilla,
Que aunque muy miserable y muy sencilla,
Era en tiempos mejores
Todo un cielo de encantos y de amores,
Hoy no se encuentra más que el desaliento,
El tedio, la amargura, la tristeza
Y en medio de todo esto una cabeza
Donde duerme muy triste el pensamiento.
Y así es que Pablo, el que en su dulce encanto
No lloraba jamás con otro llanto
Que el llanto del placer y la alegría,
Hoy llora en su amoroso desencanto
Con el que antes de amar no conocía.
Repasa una por una,
Aquellas dulces horas tan hermosas
En que después de hablar de muchas cosas
Siempre olvidaban al partir alguna.
Al dar la medianoche, vuelve aquella
Que por primera vez lo halló con ella,
Y tropezando al delirar en eso
Con aquel lindo beso de aquel día
Tan dulcemente en su memoria impreso,
¡Ni puede resistirla a enviarla un beso,
Ni puede aborrecerla todavía… !

III

—"¡Hacer, y hacer lo que hizo"—,
Saltaba él sollozando de improviso.
—"¡Ella que era tan pura y cuya frente
Un cielo hermoso de virtudes era,
Tener que huir del mundo y de la gente
Como la infamia o la traición lo hiciera!
Matar el sol para sus ojos bellos
Bajo la noche en que el dolor la abisma,
Y sintiendo las lágrimas en ellos
Envolverse la faz en sus cabellos
Con la vergüenza horrible de sí misma.
Buscar en otros pechos las dulzuras
De que mi pecho rebosaba lleno,
Sin dejar a mi amor salvar del cieno
Sus alitas tan blancas y tan puras.
¡Ay!, cuando yo por alfombrar su huella
Si para alzarse al cielo hubiera sido,
Con la paloma deshaciendo el nido
Hubiera dado el corazón por ella …"
Y Pablo en el dolor que le devora
De su vida ante el páramo desierto,
Se inclina y gime y languidece y llora
Como deben llorar en la última hora
Los inmóviles párpados de un muerto.

IV

A veces, muchas veces, Pablo suele
Con la ilusión de que esto le consuele,
Buscar en el trabajo y la lectura,
Olvidando las penas de aquí abajo,
Esa tregua al dolor que la amargura
Encuentra en la lectura y el trabajo…
Coge los libros que en mejores días
Formaban de su afán las alegrías,
Y abriéndolos por fin con el denuedo
De una resolución bien meditada,
Después de mucho leer y no leer nada
Concluye por decir: ¡No puedo!
Busca y toma enseguida
La misma pluma aquella
Que de manos de Elena recibida,
Le ayudó con los sueños de su vida
A escribir tantas páginas para ella…
La clava en el papel febricitante
Como queriendo huir de su memoria
Y tratando de hacer la de otro amante,
Mas la historia que escribe es semejante
A la historia de Elena y a su historia.
Que aunque la buena lógica concluya
Que historia escrita así no ha de ser buena,
Raros serán los que al hacer la ajena
No se acuerden un poco de la suya.

V

Sea de ello lo que fuere,
Como Pablo no puede aunque lo quiere
Olvidar el recuerdo de la ingrata
Por quien conoce el pobre que se muere,
Pues conoce que eso es lo que lo mata,
Por cuantos medios le es posible cuida
De recoger noticias de su Elena,
No habiendo a quien informes no le pida
Sobre si está contenta de la vida,
Sobre si es muy dichosa y si está buena;
Y cuando oyendo un día sus preguntas
Le contestó abrazándole un amigo:
—No sueña la infeliz más que contigo,
Y tus cartas las guarda todas juntas—.
Radiante de ventura al oír esto
De su amigo, estrechándole, se aparta,
Y nuevamente a la ilusión dispuesto
Con mano alegre y con alegre gesto
Cogió una pluma y escribió esta carta:
"Si fuiste cruel conmigo y si hubo un día
En que apartando tu alma de la mía
Me hundiste en tu dolor y en la tristeza,
En prueba de que mi alma te perdona
Te mando con mi amor esa corona
Que anhela por estar en tu cabeza…
Que, pues, en tu alma aún escondido tienes

Algo de aquel amor que me tenías,
Si yo la conquisté para tus sienes
En ellas debe estar y no en las mías."

VI

Puso Pablo su nombre como un hombre
Que piensa decir mucho con su nombre,
Y después de plegarla en tres dobleces
Y de leerla y leerla muchas veces,
Hallando en su ilusión que estaba buena
Puso en el sobre: —A Elena—.
Y enseguida radiante y satisfecho
Con un inmenso júbilo en el pecho,
Dando forma a una idea
Que en su amorosa sencillez se abona,
Exclamó contemplando la corona:
—¡Qué dichosa va a ser cuando la vea!

VII

Y en tanto, aquella madre, aquella ausente
Sin consuelo ni alivio en su congoja
lloraba sola y sin tener ni una hoja
Que enlazar a las canas de su frente…
¡Cuán cierto es que en la vida, aunque esto asombre,
En medio del placer y el regocijo,
Si el hijo no se olvida de que es hombre,
El hombre sí se olvida de que es hijo!

VIII

Lo que el amigo aquel le dijo un día
Al triste Pablo era una farsa impía,
Pues Elena la ingrata
Ni guarda aquellas cartas que decía,
Ni piensa en Pablo, ni el dolor la mata;
Que parecida en esto y semejante
A más de alguna amante
A quien mirándose al espejo he oído
Parodiar con feroz desenvoltura
Una frase muy vieja, de este modo:
—No se haya perdido nada cuando todo
Se haya perdido, menos la hermosura—.
La ingrata Elena como llevo dicho,
Sin huir de las gentes y del día,
Ni llora como Pablo suponía
Ni ha tenido jamás ese capricho.
Elena va al paseo
De lucir y brillar en el deseo;
Tiene palco en el teatro y no hay velada,
Tertulia, baile, aniversario o fiesta,
A que oportunamente convidada
No se encuentre a asistir siempre dispuesta.
Si alguna vez lloró su desvarío
Recordando su falta y sus deberes,
Después, y como todas las mujeres
En casos semejantes,

Ha olvidado su falta y su extravío,
Tratando a sus amantes con desvío
Y aprendiendo a olvidar a sus amantes.

IX

De manera que Pablo que en su anhelo
Esperaba soñando con el cielo,
Que su amante por fin le volvería
Todo el cariño y la pasión de un día,
Con el cerebro ardiente
Y un montón de esperanzas en la frente,
Ansiando una respuesta
Que confirmara su ilusión no escasa,
Al entrar en su casa
Se halló un papel y en el papel con esta:
"—Como de aquí a dos meses
Que habré arreglado ya mis intereses
Pienso casarme con mi primo Antonio
Que ha pedido mi mano en matrimonio,
Le ordeno…, le prohíbo,
Siendo esta la razón porque le escribo,
Que se vuelva a ocupar de la que un día
Tuvo el capricho de quererle un poco,
Sin sospechar que le volviera loco
Su demasiado amor a la poesía.
Respecto a su corona
Con la que usted dice que me perdona

En un obsequio cariñoso y blando
Que confieso en verdad que no merezco,
Así es que la agradezco
Y como no me sirve se la mando!"

X

Cuando el triste de Pablo hubo leído
Por una y otra vez este recado
Tan esperado como no temido,
Viendo aquellos renglones
Que en cambio de su fe y sus ilusiones
Le brindan el escarnio y el olvido,
Lleno de ese profundo desaliento
Del que lo pierde todo en un momento,
Cogió aquella corona sin cabeza,
Fruto de su trabajo y su cariño,
Y llorando, llorando como un niño
Que de una falta grave se confiesa,
—"¡Oh gloria! —dijo al fin— si hasta tu asiento
En una hora de amor y atrevimiento
Soñé volar del mundo a arrebatarte
Uno de esos laureles con que el arte
Recompensa el trabajo y el talento,
Tú sabes bien ¡oh gloria!,
Que no lo hice por mí sino por ella.
Mas ya que ella tan dura como bella
Ha insultado mi fe y aun mi memoria,

Que acaben mi laurel y el regocijo
Que sentí de ceñírmelo al anhelo… !"
Y deshaciendo su corona, dijo,
y la arrojó en pedazos por el suelo.

XI

Después, tranquilo ya, bajo la calma
De otro cielo mejor y diferente,
Pablo, pensando en la que estaba ausente,
En lugar de un laurel ¡le mandó el alma!

A un arroyo[1]

a mi hermano Juan de Dios Peza

Cuando todo era flores tu camino,
Cuando todo era pájaros tu ambiente,
Cediendo de tu curso a la pendiente
Todo era en ti fugaz y repentino.

Vino el invierno, con sus nieblas vino
El hielo que hoy estanca tu corriente,
Y en situación tan triste y diferente
Ni aun un pálido sol te da el destino.

Y así es la vida; en incesante vuelo
Mientras que todo es ilusión; avanza
En sólo una hora cuanto mide un cielo;

Y cuando el duelo asoma en lontananza
Entonces como tú, cambiada en hielo,
No puede reflejar ni la esperanza.

[1] En una banca de la alameda central de Ciudad de México Manuel Acuña redactó de memoria el soneto y se lo regaló su hermano del alma Juan de Dios Peza la noche del 5 de diciembre de 1873. Fue el último que escribió. A la una de la tarde del día siguiente dejaba de existir.

Manuel
Acuña
Poesía selecta
se terminó de editar
en abril de 2018 en las
oficinas de la Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación